



CONGREGATIO PRO CLERICIS

XXV DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO – AÑO C

Citaciones di:

Am 8,4-8: www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9aggsmh.htm

1Tim 2,1-8: www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abs1eb.htm

Lc 16,1-13: www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9abtzrp.htm

La liturgia de la Palabra de hoy nos invita a reflexionar acerca de esta pregunta: ¿quién es el verdadero discípulo? De modo particular, podemos preguntarnos: ¿qué clase de relación debe haber entre el discípulo y los bienes terrenos?

La parábola nos presenta a un administrador infiel que derrocha los bienes que le dieron para administrar. El patrón, confiándole sus propios haberes, le da confianza y le pide fidelidad. El mismo patrón, dándose cuenta de que su confianza no ha sido respondida con fidelidad, le pide al administrador que le dé cuentas de su administración. El administrador, puesto en aprietos, actúa de manera deshonesta y vuelve a usar los bienes que no son suyos, para sus propios fines.

El evangelista Lucas parece subrayar el comportamiento escandaloso del administrador, que incluso es alabado por el patrón, a pesar de haber sido engañado una vez más. Aumenta el estupor cuando leemos que el mismo

Jesús en persona alaba al administrador por su astucia, por su rapidez para asegurarse el futuro, no por su deshonestidad.

Pensemos ahora en nosotros, que somos creyentes: ¿somos astutos en nuestra vida espiritual? ¿Tenemos una estrategia del espíritu? Cada uno de nosotros vive su último tiempo, la existencia, la vida: ¿somos astutos, utilizando nuestro tiempo para progresar, bajo el influjo de la gracia, en la fe, la esperanza, la caridad? También nosotros seremos llamados a rendir cuentas de nuestra administración, de cómo hemos amado, de cómo hemos usado nuestros dones, de cómo hemos seguido al Señor. ¿Sentimos la urgencia de asegurar nuestro futuro?

Probablemente no tengamos una estrategia del espíritu que nos permita crecer cooperando con la gracia divina, sino que caemos en la tentación de enfocar la vida de fe entendiéndola más bien como una permanente improvisación, sin puntos de referencia firmes, sin carácter, sin una identidad. Caemos en la tentación de vivir nuestra fe sin un armazón fuerte y, cuando seamos llamados a rendir cuentas, no sabremos qué hacer, porque ese dar cuenta no es fácil asociarlo con la improvisación.

Con la ayuda de Dios, debemos en cambio progresar en el espíritu y aunque las riquezas pueden obstaculizarnos, pueden también ayudarnos. Compartir las riquezas, la capacidad de no apegar el corazón a los bienes terrenales, debe formar parte de nuestra estrategia espiritual. El verdadero discípulo es un estratega del espíritu y, por tanto, comprende que debe estar desligado del peso de las riquezas, no puede estar aplastado por los bienes terrenos, sino que debe ser libre para poder seguir a Jesús y afrontar el examen de su administración terrenal: la huella que ha dejado.

Los hijos de las tinieblas, los hijos mundanos son más astutos, proyectan y trabajan para conseguir su ideal de bienestar, de alegría. ¿Y los hijos de la luz? Los discípulos, hijos de la luz llamados a brillar como los astros y a dar sabor al mundo, ¿qué hacen? ¿Proyectan y trabajan, por la

verdadera salvación, auténtica, que sólo el camino del Evangelio puede dar? Los hijos de las tinieblas, los hijos mundanos, no tienen un corazón dividido, no viven vacilando, sino que están determinados en sus fines malvados. El administrador infiel es un ejemplo: fraudulento y ladrón, no se desalienta, sino que persevera para salvarse; no se desespera, sino que usa todo su ingenio para preservar su futuro. Los hijos de la luz, en cambio, a veces tienen el corazón dividido, un corazón que vacila entre el bien y el mal.

Esto ocurre también porque el bien encuentra lugar en ellos y por eso son sometidos a la prueba de la tentación, pero muy a menudo los hijos de la luz acogen el compromiso. Acogiendo el compromiso entre Jesús y la riqueza, los hijos de la luz se encuentran desguarecidos, estrategias improvisados y pierden su batalla por una huella más verdadera, más auténtica.

Hoy el Maestro invita a sus discípulos a tener un corazón indiviso, que sepa amar con determinación, que sepa amar no simplemente con la improvisación del sentimentalismo, sino con aprovechamiento y fruto al único Señor.